



Cómo los "derechos humanos" se convirtieron en un arma occidental

KIT KLARENBERG :: 28/08/2025

Los Acuerdos de Helsinki desempeñaron un papel fundamental en el desplazamiento del discurso dominante sobre los DDHH, alejándolo de cualquier consideración económica o social

El 1 de agosto se cumplió el aniversario 50 de la firma de los Acuerdos de Helsinki. El acontecimiento transcurrió sin apenas comentarios ni reconocimiento general. Sin embargo, la fecha es absolutamente trascendental, y sus consecuencias destructivas resuenan hoy en toda Europa y más allá. Los Acuerdos no solo sentenciaron la muerte de la Unión Soviética, el Pacto de Varsovia y Yugoslavia años después, sino que crearon un nuevo mundo en el que los "DDHH" --en concreto, una concepción occidentalista e impuesta de los mismos-- se convirtieron en un arma formidable en el arsenal del Imperio.

Los Acuerdos no solo sentenciaron la muerte de la Unión Soviética, el Pacto de Varsovia y Yugoslavia años después, sino que crearon un nuevo mundo en el que los "DDHH" --en concreto, una concepción occidentalista e impuesta de los mismos-- se convirtieron en un arma formidable en el arsenal del Imperio.

Los Acuerdos se centraron formalmente en concretar la distensión entre EEUU y la Unión Soviética. Según sus términos, a cambio del reconocimiento de la influencia política de esta última sobre Europa Central y Oriental, Moscú y los países del Pacto de Varsovia acordaron defender una definición de "DDHH" relacionada exclusivamente con las libertades políticas, como la libertad de reunión, expresión, información y circulación. Las protecciones de las que disfrutaban universalmente los habitantes del Bloque del Este --como las garantías de educación, empleo y vivienda gratuitos, entre otras-- estaban completamente ausentes de esta taxonomía.

Había otra trampa. Los Acuerdos dieron lugar a la creación de varias organizaciones occidentales encargadas de supervisar el cumplimiento de sus términos por parte del Bloque del Este, entre ellas Helsinki Watch, precursora de Human Rights Watch. Posteriormente, estas entidades visitaron la región con frecuencia y forjaron vínculos estrechos con facciones políticas disidentes locales, apoyándolas en su agitación antigubernamental. No se planteó la posibilidad de invitar a representantes de la Unión Soviética, el Pacto de Varsovia o Yugoslavia a evaluar el cumplimiento de los DDHH en EEUU o en sus países vasallos.

Como ha documentado ampliamente el jurista Samuel Moyn, los Acuerdos desempeñaron un papel fundamental en el desplazamiento decisivo del discurso dominante sobre los DDHH, alejándolo de cualquier consideración económica o social. Más grave aún, según Moyn, «la idea de los DDHH» se convirtió en una justificación para avergonzar a los dirigentes estatales. En consecuencia, la brutalidad imperialista occidental contra supuestos violadores de derechos extranjeros --incluyendo sanciones, campañas de desestabilización,

golpes de Estado e intervenciones militares directas-- pudo justificarse, a menudo con el respaldo de las conclusiones aparentemente neutrales de organizaciones como Amnistía Internacional y HRW.

Casi inmediatamente después de la firma de los Acuerdos de Helsinki, surgió una multitud de organizaciones en todo el Bloque del Este para documentar presuntas violaciones cometidas por las autoridades. Sus hallazgos se transmitieron, a menudo subrepticamente, a embajadas y organizaciones de DDHH en el extranjero para su difusión internacional. Esto contribuyó significativamente a la presión interna y externa sobre la Unión Soviética, el Pacto de Varsovia y Yugoslavia. Los relatos convencionales afirman que la concepción de estos grupos disidentes fue completamente espontánea y orgánica, lo que a su vez obligó a Occidente a apoyar sus iniciativas pioneras.

El legislador estadounidense Dante Fascell afirmó que las "demandas" de los "intrépidos" ciudadanos soviéticos "nos obligaron a responder". Sin embargo, existen indicios inequívocos de que la intromisión en el Bloque del Este estaba arraigada en Helsinki desde antes de su inicio. A finales de junio de 1975, en vísperas de la firma de los Acuerdos por parte del presidente estadounidense Gerald Ford, el disidente soviético exiliado Alexander Solzhenitsyn se dirigió a políticos de alto rango en Washington, D.C. Apareció por invitación expresa del anticomunista radical George Meany, jefe de la Federación Estadounidense del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales (AFL-CIO), vinculada a la CIA . Solzhenitsyn declaró:

"Nosotros, los disidentes de la URSS, no tenemos tanques, ni armas, ni organización. No tenemos nada... Ustedes son los aliados de nuestro movimiento de liberación en los países comunistas... Los líderes comunistas dicen: 'No interfieran en nuestros asuntos internos'... Pero yo les digo: interfieran cada vez más. Interfieran tanto como puedan. Les rogamos que vengan e interfieran."

'Aberración política'

En 1980, las huelgas masivas en Gdansk, Polonia, se extendieron por todo el país, dando lugar a la fundación de Solidaridad, un sindicato supuestamente independiente y movimiento social. Una de sus demandas clave era que el gobierno polaco, apoyado por la Unión Soviética, distribuyera 50 mil ejemplares de los protocolos de Helsinki sobre "DDHH" al público en general. El fundador y director de Solidaridad, Lech Walesa, se refirió posteriormente a los Acuerdos como un "punto de inflexión", que permitió y fomentó la disrupción del sindicato a nivel nacional y su crecimiento hasta convertirse en una fuerza política importante. En tan solo un año, la membresía de Solidaridad superó los 10 millones.

El inexorable ascenso del movimiento conmocionó a todo el Pacto de Varsovia. Era la primera vez que se formaba una organización de masas 'independiente' en un estado alineado con la Unión Soviética, y otras pronto seguirían su ejemplo. Aunque ocultas en aquel momento, y en gran medida desconocidas hoy en día, las actividades de Solidaridad fueron financiadas con millones de dólares por el gobierno estadounidense y el Vaticano. Lo mismo ocurrió con la mayoría de los grupos disidentes más prominentes del Bloque del Este, como la Carta 77 de Checoslovaquia. En muchos casos, estas facciones no solo derrocaron a sus gobernantes al final de la década, sino que formaron gobiernos

posteriormente.

La financiación de Washington para estos esfuerzos quedó codificada en una Directiva de Seguridad Nacional secreta de septiembre de 1982. Esta establecía que «el principal objetivo a largo plazo de EEUU en Europa del Este» era «liberar el control soviético sobre la región y, por lo tanto, facilitar su eventual reintegración a la comunidad europea de naciones».

«Esto se lograría fomentando tendencias más liberales en la región... reforzando la orientación prooccidental de sus pueblos... reduciendo su dependencia económica y política de la URSS... facilitando su asociación con las naciones libres de Europa Occidental».

En agosto de 1989, pocos días después de que Solidaridad tomara el poder en Polonia, marcando la primera formación de un gobierno no comunista en el Bloque del Este tras la Segunda Guerra Mundial, apareció un destacado artículo de opinión en el *Washington Post*. Adrian Karatnycky, figura destacada de la AFL-CIO, escribió sobre su "inmensa alegría y admiración" por el asombroso éxito de Solidaridad en la purga de la influencia soviética en el país durante la década de 1980. El movimiento era el eje central de una "estrategia" estadounidense más amplia, y había sido financiado y apoyado por Washington con la máxima "discreción y secretismo".

Grandes sumas de dinero canalizadas a Solidaridad a través de la AFL-CIO y la CIA, usando como fachada la Fundación Nacional para la Democracia, financiaron envíos de decenas de imprentas, docenas de computadoras, cientos de mimeógrafos, miles de litros de tinta de imprenta, cientos de miles de plantillas, cámaras de video y equipos de radiodifusión. Esta fuente de financiación promovió las actividades de Solidaridad a nivel local e internacional. En Polonia circularon 400 publicaciones clandestinas, incluyendo cómics que presentaban al "comunismo como el dragón rojo" y a Lech Walesa "como el caballero heroico", leídos por decenas de miles de personas.

Karatnycky se jactó de cómo el Imperio se vio íntimamente "inmerso en el drama cotidiano de la lucha de Polonia" durante la última década, y "gran parte de la historia de esa lucha y nuestro papel en ella tendrá que contarse otro día". Aun así, los resultados fueron extraordinarios. Los escritores de la "prensa clandestina" de Varsovia, financiada por la NED, se habían transformado repentinamente en "editores y reporteros de los nuevos periódicos independientes de Polonia". Antiguos "piratas de radio" y activistas de Solidaridad, anteriormente "acosados" por las autoridades comunistas, ahora eran legisladores electos.

Al despedirse, Karatnycky elogió cómo Polonia demostró ser un "exitoso laboratorio de construcción democrática", advirtiendo que el "cambio democrático" en Varsovia no podía ser una "aberración política" ni un "ejemplo único" en la región. Karatnycky anticipó nuevas insurrecciones vecinales, señalando que la AFL-CIO estaba comprometida con los sindicatos de otras partes del Bloque del Este, incluida la propia Unión Soviética. Así fue como, uno tras otro, todos los gobiernos del Pacto de Varsovia se derrumbaron en los últimos meses de 1989, a menudo en circunstancias enigmáticas .

'Terapia de shock'

Las "revoluciones" de 1989 siguen siendo veneradas por la opinión pública hoy en día, aclamadas como ejemplos de transiciones pacíficas de la dictadura a la democracia. Desde entonces, también han servido de modelo y justificación para el imperialismo estadounidense de todo tipo en nombre de los "DDHH" en todo el mundo. Sin embargo, para muchos al frente de los grupos disidentes del Pacto de Varsovia, financiados por Occidente e inspirados en los Acuerdos de Helsinki, hubo un giro extremadamente amargo en la historia del derrocamiento del comunismo en Europa Central y Oriental.

En 1981, la dramaturga checoslovaca y portavoz de la Carta 77, Zdena Tominová, realizó una gira por Occidente. En un discurso en Dublín, Irlanda, habló de cómo había presenciado de primera mano cómo la población de su país se había beneficiado enormemente de las políticas comunistas del Estado. Tominová dejó claro que buscaba mantener plenamente todos sus beneficios económicos y sociales para el público, adoptando únicamente las libertades políticas de estilo occidental. Fue una declaración impactante para una mujer que se había arriesgado a la cárcel por oponerse a su gobierno con ayuda extranjera de forma tan pública:

"De repente, dejé de ser una persona desfavorecida y podía hacerlo todo... Creo que, si este mundo tiene futuro, es en una sociedad socialista, lo que entiendo como una sociedad donde nadie tiene prioridades solo por provenir de una familia adinerada", declaró Tominová. Además, dejó claro que su visión era global: "El mundo de la justicia social para todas las personas tiene que hacerse realidad". Pero esto no sucedió.

En cambio, los países del Bloque del Este sufrieron transiciones al capitalismo profundamente devastadoras mediante una "terapia de choque", que erradicó gran parte de lo que los ciudadanos apreciaban de los sistemas bajo los que habían vivido anteriormente.

Se vieron empujados a un mundo completamente nuevo, donde la falta de vivienda, el hambre, la desigualdad, el desempleo y otros males sociales, hasta entonces desconocidos, se convirtieron en algo común, en lugar de ser prevenidos por las garantías estatales básicas. Después de todo, como lo decretaron los Acuerdos de Helsinki, tales fenómenos no constituyeron violaciones flagrantes de los "DDHH", sino que fueron el resultado inevitable de la misma "libertad" política por la que habían luchado.

almayadeen.net

<https://www.lahaine.org/mundo.php/como-los-derechos-humanos-se-convirtieron-en>